

Introducción

«Si tuviera fuerzas para ponerme las botas y caminar cien metros, me iría otra vez a África». A Thomson (Escocia, 1858-1895) lo descubrí, como tantos, a través de *El sueño de África*, de Javier Reverte. Cuando pronunció esas palabras estaba ya demasiado cerca de la otra vida. Machacado por todo lo que se le fue pegando al cuerpo en el camino. «He estado cara a cara con la muerte durante años y no es cosa de alarmarse ahora», dijo también en ese momento. Pero ese es otro asunto. Joseph no era misionero ni conquistador. No trataba de hundir banderas en la tierra ni creencias en los corazones. Era un viajero puro, aunque para la historia su nombre sea el del chico del fondo en la lista de los aventureros. Con sólo veinte años participó como voluntario sin sueldo en una expedición hacia el Tanganika. El jefe de la caravana cayó a mitad de ruta atacado por las enfermedades de una naturaleza sin pasos de cebrá y le tocó asumir el mando. Aquello le dio el prestigio para publicar un libro y conseguir lo necesario para seguir viajando. Al fin y al cabo, de eso se trataba.

Exactamente igual que años después, cuando los británicos necesitaban delimitar el trazado para construir el ferrocarril que permitiera llegar hasta Uganda desde la costa. Un camino mucho más rápido que el de las miles de caravanas de esclavos que, durante siglos, dieron un rodeo de cientos de kilómetros para evitar, sobre todo, a los Masai. Stanley —sí, el que encontró a Livingstone, el de la famosa frase— tenía más experiencia y mucha más reputación. Pero su precio era demasiado elevado para las arcas de la Royal Geographical Society de

Londres. Demasiados soldados en sus cuentas para garantizar el éxito de la aventura. Thomson fue una alternativa. Mucho más barata. Básicamente, porque no pidió nada (o muy poco). Él sólo quería ir por el placer de hacerlo. En su lista de necesidades cambió buena parte de los rifles por traductores de la lengua masai y de los dialectos de las tribus de la zona. Además de los habituales regalos para apaciguar a los nativos obligatorios en todas las expediciones de la época, inventó trucos para hacer creer a los guerreros que era un brujo. Cuentan que los asustaba sacándose de la boca una dentadura postiza o echando al agua polvos efervescentes. Improvisación, recursos, imaginación... Sufrió bajas («jugaban con nosotros como el gato con el ratón», contó sobre el acoso al que lo sometieron), pero fue avanzando. El desierto de Taru, las faldas del Kilimanjaro, los alrededores del poblado que antes del ferrocarril era Nairobi, el monte Kenia...

En todo ese recorrido fue con él una maleta en la que había metido unos cuantos libros de poesía, una falda escocesa con los colores de su clan y una gaita. Cuando alcanzó el lago Victoria por esa ruta imposible, cuando llegó hasta donde quería, Thomson se puso la falda y bailó una danza de su país en la orilla inverosímil. Allí solo. Maravilloso.

«Estoy condenado a ser un vagabundo. No soy un constructor de imperios, no soy un misionero, en realidad ni siquiera soy un científico. Lo que verdaderamente quiero es volver a África y seguir vagando de un lado a otro». Murió con sólo 37 años. Casi los mismos que yo tenía cuando decidí usar su ejemplo para arrancar este texto. Ya hace tiempo. Me fascinó leer su historia mientras iba de pie en un autobús entre Maliaño y Santander a las nueve de la mañana de un día libre en jueves. Aún no tenía carné de conducir.

Los viajes están pegados al felpudo. Curiosidad. «Yo no viajo para llegar a ningún sitio. Lo hago tan solo por el

placer de ir», dijo un paisano suyo, Robert Louis Stevenson. *Viajar* se titula el ensayo del autor de *La isla del tesoro*. Lo compré en la librería Gil de la plaza de Pombo por recomendación. Paz ama su oficio de librera y sabe lo que se dice. Es una edición preciosa de *Páginas de espuma*. Tiene las tapas de un azul intenso y pasar los dedos produce una agradable sensación. Aún lo leo porque es de esos libros que gustan más si se usan a trocitos. En meses alternos. Lo metí en la maleta para recorrer Camboya. Para que viajara. Y estuvo en la mesita, junto a una bola del mundo que se encendía para que pudiera leerlo por las noches. Algunas noches.

El libro de viajes al lado del mapa de la habitación y el recuerdo de una experiencia juntos. Me gusta pensar que existe una conexión especial con las cosas. Que las posiciones y los objetos, por su forma de estar, tienen significado. Si todos guardamos intimidades bobas, esas son las mías. Llevo un sol metálico colgado de una cadena de plata que intento colocar en la nuca para que no le falte la luz natural. Y un puñado de pulseras rotas en los bolsillos del pantalón. De cada viaje especial me traigo una (barata, nada espectacular) y la conservo hasta que se rompe y se cae. Los restos que consigo rescatar sin que se pierdan van revueltos con piedras diminutas en el lado izquierdo del vaquero. Cada día, con la misma rutina de coger las llaves o la cartera. Una piedra es del lago Baikal, en Siberia. Otra, de Ha Long, en Vietnam. Cogí una de Zlatni Rat (Croacia) y otra más, de una pequeña cueva en Ella, Sri Lanka. Palpo en el bolsillo y me siento mejor. Manías. Son gestos personales. También me gusta esa idea. Más que viajar, salir a dar una vuelta con mis cosas. Porque la historia de Thomson es espectacular. Es un lujo para introducir un libro. Pero no tiene nada que ver conmigo. Esto es, como mucho, una lista de frases cortas e historias sencillas. Relatos de andar por algo lejos de casa.

Nada de odiseas ni grandes aventuras. Ahora se dice mucho eso de «ser viajero y no turista». Supongo que yo, como mucho, soy un turista con cierta curiosidad y con insistencia (y con mucha pasión, eso sí). Mi primo Jaime está dando la vuelta al mundo en moto. Eso sí es una aventura. Lo mío es comprar unos billetes de avión donde José Luis, en la oficina que tiene Sanander en el Paseo de Pereda, estudiar un poco para hacer dibujos en un mapa y salir a pasear.irme a dar una vuelta.

Luego, ir contando sobre la marcha. Rellenar cuadernos sentado en cualquier terraza después de sacarle fotos a una marca de cerveza local. Suelo comprar un cuaderno especial. Tapas duras, con relieve. Y uso sólo un bolígrafo, uno sólo, para escribir con él si no lo pierdo (los disgustos que me he llevado por un maldito boli de hotel o un Bic comprado en un bazar de todo a cien a todo correr...). Puñado de manías. En el origen, por ejemplo, siempre hay algo. Una fotografía, una imagen de Youtube, un par de frases, un *españoles por el mundo...* Algo que ves por televisión, que encuentras por internet, que se *te aparece* o, incluso, que suena bonito. La sonoridad es algo fantástico. Samarcanda, por ejemplo. Una palabra fuerte, alargada, que parece dicha por el conductor barbudo y bien comido de una caravana de camellos cargada de telas y aceites para comerciar mientras extiende el brazo y señala a lo lejos tumbado sobre unas alfombras y mascando dátiles. Sa-mar-can-da. Con voz honda, sacada de bien abajo. Son ganchos. Algo normalmente insignificante que acaba convertido en motivo ineludible para largarse hasta encontrarlo. Samarcanda, el sonido, me hizo ir a Uzbekistán.

El viaje empieza mucho antes de cerrar la puerta. Si voy solo, lleno el equipaje de ropa vieja. Conocida. Prendas tan acostumbradas a tu sudor que ya dieron de sí todo lo que tenían que dar. Que no volverán. Mi chica se ríe porque,

cuando le cuento que las tiro por ahí, organizo un acto con cierta dignidad (además de ir aligerando la mochila sobre la marcha). Lo dicho. Cosas de uno.

Me gusta viajar. Otro tópico, por supuesto. Pero eso es todo. Como responder «ir al cine» o «leer libros» en un cuestionario o «he venido por vivir la experiencia» en un programa de televisión. Pero sí que le doy un punto trascendente. Otra vez la simbología, las imágenes. En lo alto del edificio de La Polar, en Santander, hay una estrella. Como la de la camiseta roja de Vietnam que luego sólo me he puesto una vez. Fue justo al regresar, y era de lo poco que quedaba limpio en los armarios. En ese mismo edificio, en la calle Calvo Sotelo, hay una placa con un texto en latín. *Prima ex igne Renata 1941-1945*. Pocos la ven. Y ya preguntarse qué quiere decir... Aunque esté en el puro tránsito de una ciudad como todas. Yo creo que viajar invita a fijarse un poco más en los detalles. A mirar. Al menos, a sentir curiosidad. En el escaparate de la tienda de Calcedonia, allí mismo, pusieron una enorme foto de Julia Roberts con bolsas de compra. A mí, bobalicón, me parecía que acababa de salir de la librería de guías de viaje de Notting Hill. Un par de metros más adelante aún iba con la cara de tonto feliz que te pone una sonrisa así. Se lo conté a mi compañero David, con el que me emborraché una noche en el salón del piso de la calle Argentina con una botella de Chivas y la colección de películas de Hugh Grant.

Los relatos que hay en los siguientes capítulos forman parte de viajes muy distintos. No sólo los destinos hacen que cada historia sea diferente. Eso es obvio. Hay muchas más cosas. Los motivos, las compañías... Viajé con mis compañeros de profesión Pedro y José por diversión hace ya unos cuantos años. A Argentina, a Brasil, a Portugal... En un bar de Buenos Aires donde ninguna mina nos hacía caso